

Parecer del muy R. P. Fr. Manuel de Jesus, ex-provincial de los Carmelitas descalzos de la de San Alberto.

SEÑOR PROVISOR:

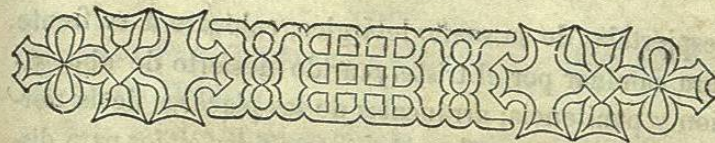
Acompaño á V. S. el sermón que el muy R. P. ex-Ministro Provincial Fr. Jose Vazquez, predicó el doce de Agosto del presente año en la iglesia de la S. Virgen Santa Clara de la ciudad de Querétaro, el que por decreto de 4 del corriente se sirvió V. S. mandar pasase á mi censura para su impresion.

Lo he leído con atención y con gusto, y tengo la satisfacción de poder decir á V. S., que es una de las obras esquisitas de su autor, digna de darse á la luz pública, porque en ella se combaten con solidez los errores del deísmo y falsos filósofos de nuestro siglo. Léjos de contener cosa alguna contra la Religión y sanas costumbres, es con propiedad una defensa de sus dogmas. En esta virtud, juzgo, que siendo el agrado de V. S., puede conceder su superior licencia para que se imprima.

Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos años. Convento del Carmen de México, Diciembre 15 de 1845.—Fr. José Manuel de Jesus.—Sr. Provisor, dignidad de la Sta. Iglesia, Dr. D. Félix Osorez.

México 18 de Diciembre de 1845.

Visto el anterior dictámen, estendido por el muy R. P. ex-provincial de Carmelitas Fr. José Manuel de Jesus, sobre el sermón que el día doce del último Agosto predicó en el convento de Santa Clara de Querétaro el muy R. P. ex-Ministro Provincial Fr. José María Vazquez, concedemos la licencia que se solicita para que se imprima, bajo la prevención de que se inserten la censura, este decreto, y de que no salga á la luz pública sin estar cotejado previamente por el R. P. censor. Así lo decretó el Sr. Provisor Vicario general, y firmó: doy fé.—Osorez.—José María Carrera, notario oficial mayor.



Græcie sapientiam quaerunt; nos autem praedicamus Christum crucifixum.... Dei virtutem et Dei sapientiam.

Los Griegos buscan la sabiduría, y nosotros les predicamos á Cristo crucificado, fuerza de Dios, y sabiduría de Dios.

S. PABLO, EP. 1.^o Á LOS CORINTIOS CAP. 1.^o



En el ejercicio del ministerio evangélico he experimentado alguna vez, cuan dulce es anunciar la santa palabra, es sin duda, en esta augusta solemnidad que presentando al orador los mas grandes y sublimes objetos del cristianismo, lo iluminan al destello de verdades divinas, caldean su corazón al fuego de sentimientos dulcísimos.

Es Clara de Asis uno de esos objetos interesantes: aquella ilustre Clara, que aun no nace, y ya Dios mismo bajo el brillante emblema de la luz, se digna pronosticar al mundo sus futuros gloriosos destinos. Magnánima heroína, que escogida por el Espíritu Santo para perpetuar en la Iglesia católica la divina misión del apostolado, apenas toca á sus juveniles años, cuando con su elocuente ejemplo predica á sus jóvenes compatriotas, adormidas en los brazos de un halagüeño y descuidado porvenir, las santas y austeras verdades de la fé;

despiértalas de su sueño letárgico; colócase á su frente para caminar por el triste y árido desierto de abnegacion y penitencia; arráncalas de los placeres de la tierra; y con ellas triunfante levántase á los cielos para disfrutar de los inefables y eternos. Todo, todo es admirable en ese triunfo glorioso de las máximas severas del cristianismo, sobre las corrompidas de ese siglo trece, hondamente voluptuoso. La heroína es Clara; el enemigo que ha de combatir, el placer, bajo sus formas mas seductoras. Pues Clara, hermosa como la luna, bella como la aurora, deshoja indignada la corona de rosas que le ofrece el deleite; y rica con los bienes de su opulenta casa, quema en las aras del casto amor las preciosas joyas que la adornan; y tiernamente amada de su familia desenlázase heroína de los dulces brazos maternales, y por no conculcar á su respetable padre, que para impedir su fuga, fuera á arrojarse al umbral de la puerta, álzase y vuela al estandarte de la Cruz. ¡Y cómo no admirar la rapidez y trascendencia de sus victorias? Ayer presenta el combate al enemigo ¡y hela hoy coronada de trofeos, rodeada de naciones que de lejanas tierras vienen á escuchar los oráculos de su piedad, madre fecunda de millares de vírgenes, innumerables cual las arenas de los mares, brillantes cual las estrellas de los cielos! Aquí me parece que Dios complacido al ver los triunfos de su heroína, abre los inmensos tesoros de sus gracias, y con profusion las derrama sobre Clara. Su presencia es sanitaria como la de Pedro; á su aspecto huyen todas las dolencias; su voz elocuente como la de Pablo, los pontifices del Señor escuchan admirados las palabras de gracia y de virtud que salen de sus labios; el mismo Dios omnipotente ha prestado á sus blandas y tímidas manos su inevitable rayo: miradla en los

muros de San Damian mas valiente guerrera que Judit en los de Betulia....

Pero el otro augusto objeto de esta solemnidad, infinitamente superior á cuantos pudieran presentarse bajo de los cielos, arrebatada en estos momentos toda la atencion de mi alma. ¡Ese altar, obra maestra del arte, y que la magnífica piedad de este religioso monasterio ha levantado para verificar el mas augusto y tremendo de los misterios! Ese altar, en donde por la vez primera va á ofrecerse al Dios Altísimo en honor de su escelencia suprema el Pan santo de vida, el cáliz de perpetua salud, la carne y sangre de Jesus ¡el hombre mismo! la divinidad de Jesus ¡Dios mismo! Dios pues y el hombre; su alejamiento á distancias infinitas por la culpa primitiva; su alianza inefable por la hipóstatica union de las dos naturalezas en la sola persona del Verbo; la ley ó el poder de Dios en el hombre; el evangelio ó Dios con el hombre; la sinagoga que espera á Jesus; la Iglesia que lo adora; los cielos, la tierra, el tiempo, la eternidad, todos los dogmas, todos los preceptos, todo el esplendente y magnífico sistema del cristianismo se desenvuelve magestuoso á la presencia de ese acto divino el mas solemne del culto católico, de esa oblation mística é incruenta de un Dios hombre crucificado, sabiduría de Dios, poder de Dios.

¡Virgen Santa, ilustre Clara! tu tambien comprendiste acá en la tierra esa verdad sublime, pues que recomendando á tus hijas la pobreza evangelica, que tanto amaste, espresamente les mandas eroguen con magnificencia en la ereccion y ornato de los altares, cuantas riquezas les diese el cielo. Siguiendo hoy, pues, el impulso de tu espíritu no formaré tu elogio; pero encomiaré la sublimidad é importancia del culto católico. Es

te objeto querido de tu corazón será el asunto de mi discurso. Une, pues, tus ruegos con los míos y los del respetable auditorio que me escucha, para pedir á María, madre de Dios llena de gracia, me alcance un rayo de la divina luz para el acierto—AVE MARIA.

Los griegos buscan la sabiduría, y nosotros predicamos á Cristo crucificado, fuerza de Dios, sabiduría de Dios. S. Pab. ep. y cap. citados. S. S. S.

Uno de los fenómenos más sorprendentes en la historia de los primeros siglos del cristianismo, es el establecimiento de su culto divino. Tributar homenajes religiosos á un hombre muerto en un patíbulo, adorarle como á Dios, confesar con el profundo y elocuente Pablo, que este Dios hombre y crucificado, es la sabiduría de Dios; el poder de Dios y para venir á este acto elevadísimo de adoración y creencia, tener el mundo que abandonar una religión tan fácil, tan poética y voluptuosa cual la griega entonces dominante, que en último análisis no conoció otros principios morales que los del placer, ni otra ciencia teológica que su brillante aunque absurdo politeísmo, y como último esfuerzo á su D. O. M. á Jupiter lanzando el rayo. . . . Esto es admirable, carece de ejemplo, y si no lo hubieramos visto con nuestros propios ojos, nos parecería parodjal, derisorio aún.

Sin embargo, el siglo XIX está presentando otro fenómeno, si no más, á la par sorprendente. La humillante escena del Calvario ha cambiado de la manera más gloriosa. Los géneos, el de la ciencia representando é irradiando las luces de sesenta siglos; el de la sociedad embriagado en una felicidad que no gozó el mundo antiguo, ámbos colocados al pié de la Cruz, que

magestuosa se levanta sobre las ruinas del panteón y del capitolio, están proclamando la misma verdad que en otro tiempo el inspirado Pablo, y no obstante, ¡cosa estupenda! ¡aun hay griegos en el mundo! Aun existen filósofos que cerrando sus ojos á la luz, y su corazón al placer inefable que á torrentes difunde el culto católico; abjurando precisamente porque es revelado, precisamente porque es incomprendible. Nuevo paganismo más culpable é insensato que el antiguo, pues si en aquel todo es Dios, exceptuando Dios mismo; en este no hay más Dios que la sola razón humana. ¿Lo queréis conocer? Pues es el orgulloso y arrogante deísmo; y para que no se diga que declamo, oídlo hablar: “Un Dios hombre y crucificado es el último paso de la extravagancia teológica; él adora al Supremo arquitecto, al Eterno geómetra, al Ordenador del mundo: un templo erigido en su honor, un altar levantado para verificar los Santos misterios, una lámpara que los ilumine; ideas mezquinas del sacerdocio, su templo es el universo, su altar el corazón, sus estatuas los sábios, su lámpara esos brillantes globos que alumbran las maravillas de la naturaleza: no admite ni más misterios que verdades palpables, ni más principios de moral que los sentimientos de su corazón; y llorando por lo mismo sobre las grandes erogaciones del culto, ¡para qué tanto desperdicio, esclama: esos edificios suntuosos, esos ricos vasos y ornamentos de las iglesias, pudieran venderse á la subasta, y las cuantiosas sumas que produjeran, consagrarse á obras de beneficencia en favor de la menesterosa y doliente humanidad.” Así lo dice, y mientras que há algunos años estas sus expresiones no eran sino una hueca voz, oscuros delirios de alguna pasión particular; hoy por desgracia es una enfermedad que traba-

ja á las naciones, y va gangrenando muchos de sus pueblos. Aun no tocamos á la mitad del siglo, y ya en algunos de los nuestros observamos un cambio que sorprende. A su antiguo amor sin límites por nuestras santas solemnidades, ha sucedido, cuando ménos, una fria indiferencia: la consagracion de un jóven á los altares, de una vírgen á los claustros, acontecimiento tan plausible para nuestros padres, hoy casi se reputa por el sello que marca de ignominia la frente de las familias. ¡El deismo, el deismo está disputando á nuestro Señor Jesucristo el imperio del culto! Justo es ocuparnos de esta cuestión importante y vital para las sociedades, tanto mas, cuanto que á ella nos empeña la erección de ese nuevo altar. Del momento es dirimirla: partiendo, pues, del principio convenido por ámbos contendientes, la necesidad del culto, los puntos de controversia serán los mismos que ya fijó el Apóstol: Verdad y felicidad; *et Dei sapientiam et Dei virtutem*. Bajo uno y otro, pues, ecsaminaremos primero al deismo; segundo, al cristianismo. Voy á hacerlo; continuadme, os suplico, vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

¿Es una verdad incontrovertible, y ya colocada fuera de los límites de la duda, que la razon humana, abandonada á sus propias luces, pueda fijar el culto con que debemos honrar á la Divinidad? Hé aquí el primer punto de ecsámen relativamente al deismo. El lo asegura, y aunque desde luego pudiéramos objetarle, que su asercion envuelve cuestiones que hasta ahora ha dejado insolutas, pues que hasta ahora no ha podido decirnos ni ¿qué entiende por razon humana? ni ménos ¿qué por razon humana abandonada á sus propias luces? so-

lo notémosle, que su opinion se halla desbasada del sentimiento universal de todos los pueblos, cuya voz es una, confesar que Dios, y solo Dios, puede enseñarnos la naturaleza y formas del culto con que quiere le tributemos nuestros homenages. Voz que han escuchado todos los tiempos, el dia de hoy, el de ayer, el que le precede, y que si ascendemos al primero del mundo, desde allá, cual caudaloso rio, la verémos seguir el curso de los siglos. Voz augusta y sonora que así la han oido los pueblos que el Sol no visita, como los que abraza con sus ardientes rayos; así las populosas ciudades, como los desiertos de Cades y del Canadá; así los continentes, como las lejanas islas de los mares. Preguntad á las naciones que hoy pueblan la tierra, y unánimes os contestarán: nosotros escuchamos, nosotros obedecemos esa voz divina. Evocad del sepulcro á las que habitaron el antiguo mundo; preguntadles, y por respuesta os indicarán sus templos y altares, sus éliseos y sus tártaros. Escuchad á sus poetas, y Homero su príncipe, os presentará el origen divino del culto, bajo el emblema profundo y elocuente de una cadena de oro, que suspende la tierra del trono del Eterno. Leed á sus filósofos, y sobre todos á ese Platon, á quien la antigüedad honró con el epíteto de divino, y los padres de la Iglesia con el de cristiano. Consultad á sus legisladores. . . . Pero ya escucho el grito del deismo que me interrumpe y dice: ¡Y qué! ¿todas esas pretendidas revelaciones no han sido fraudes inicuos inventados para subyugar á los pueblos? ¿Y el espíritu humano puede sin indignacion ni retroceder de espanto, presenciar la deificacion de crímenes como necesarios para el culto de los inmortales? Es una verdad, y yo la confieso franca y paladinamente. Pero confesion por confesion,

el deísta debé convenir en que uno es el sentimiento universal, otro el abuso que pasiones particulares habrán hecho de ese sentimiento mismo. ¿De qué habla? ¿Habla del abuso? Pues su objecion va á convertirse en una réplica insoluble: necesario es confiese que si Dios no dictó esas absurdas revelaciones, las dictó la razon humana: con que la razon humana ó las pasiones del hombre, si se quiere, no engendraron por el espacio de cuarenta siglos, sino groseros errores positivamente injuriosos á Dios y perjudiciales á los mas caros intereses del hombre y de la sociedad; verdad que debe escocerle aun sin desenvolverla hasta sus últimas consecuencias. ¿Hablará acaso del sentimiento universal? Pero el sentimiento universal es un hecho, y los hechos ni se establecen por su justicia, ni se destruyen por su iniquidad. Monumentos históricos, anales del mundo, hé aquí el medio único, ó para probar ó para contradecir su existencia. Empero, si el deísmo insistiere en indagar, no ya el origen de los abusos, pues que conviene al honor mismo de sus principios ni aun recordarlo, sino de ese consentimiento universal del que hacemos tanto mérito; miéntras lo halla, yo reconociendo á su consideracion y ecsámen el que voy á ofrecerle. Digo, pues, que la inclinacion que invenciblemente nos subyuga á juzgar por infalible lo que está basado en el consentimiento universal, constante y uniforme de todos los pueblos, no puede repetirse su origen sino de Dios, porque solo Dios es la única causa universal. ¿Qué concluir de aquí? Que el apologista de la razon pura se ve constituido en esta alternativa inevitable: ó llama á Dios autor del error, lo que sería una blasfemia impía, ó confiesa con el universo entero que Dios, y solo Dios puede indicarnos la naturaleza y

formas del culto con que debamos tributarle rendidos homenages. ¿Qué mas? Que el deísmo es un error pues que se halla contrariado por el luminoso criterio, de la autoridad.

Pero ¿y la razon? ¿La razon? Y para este objeto todo divino, ¿qué uso hará el deísmo de esta facultad aunque nobilísima? Siendo el culto la espresion sublime de las relaciones que median entre el hombre y la Divinidad, y los ligan en sagrado vínculo; como estas relaciones, aunque inmutables en Dios sean contingentes con respecto al hombre, que ageno, libre y limitado puede haber ó no cumplido con los grandes objetos finales de su creacion; uno debe ser el culto en la primera, otro en la segunda: de estas dos hipótesis únicamente admisibles, ¿cuál de ellas quiere admitir el deísmo? ¿La del cumplimiento? ¿Pues por qué ecsiste el mal moral en el mundo? ¿Por qué el ascetismo es el sentimiento universal de todos los pueblos? ¿Por qué todos ofrecen sacrificios expiatorios? Y si á la presencia de estas dificultades quiere recurrir á la segunda de las hipótesis establecidas, á saber: es la de que el hombre infringió los santos deberes que lo ligaron desde su creacion; entónces yo, á mi turno le pregunto: ¿Cómo, cuándo, hasta qué punto, rompióse y para siempre la antigua, inefable comunicacion del hombre y la Divinidad? Grandes é importantes cuestiones, aun insolutas por el deísmo, no obstante que de ellas depende toda la religion, toda la moral, todo el hombre. ¿Pero ni cómo resolverlas, cuando infelizmente el mismo deísta se ha sumido en esta desgraciada impotencia? Colocadas allá en una region sublime, su solucion está esclusivamente reservada á aquellas almas humildes, que levantándose en las alas de la fé, van al seno mismo del

Dios de la luz á disipar sus tinieblas sagradas. ¡Y el deísmo no ha querido dilatar sus talentos del lado del cielo!! ¡Aun busca á Dios en la materia, y al hombre en sus pasiones!! Por eso es, que verdades conocidas por lo que se llama el desecho de las inteligencias, han sido ignoradas por génius superiores, cuando exclusivamente han tomado por guia á la opaca luz de la razon. A sus pálidos destellos ve un filósofo la bondad divina, y quiere que todos los hombres se salven; otro su inesorable justicia, y á todos los condena á eternas penas; éste su providencia vigilante, y predica la fatalidad: examina estotro la naturaleza del hombre, y proclama la represalia como uno de sus primeros derechos: mas atrevido aquel, habiendo aun probado la divinidad de la religion católica, concluye ser perjudicial á las sociedades, porque ¡no lo creeriais. . . . ! porque es muy bueno. Y si el deísmo dice que lo calumnio, en sus manos está volverme un mentís vorgonzoso, y yo me resignaré al silencio del que ha perdido, siempre que me presente una obra esenta de errores y tan luminosa, que no haya dudas acerca de la esencia divina que no disipe, oscuridades en la moral que no ilumine. ¡Dónde está la Biblia del deísmo? Venga ella. Yo le he recordado sus autores mas selectos. Bayle, Voltaire, Holbac, Rousseau. ¡No son éstos? ¡Es la Enciclopedia esa razon por alfabeto? Vergonzoso seria que el deísmo citase un libro en donde cuanto hay de verdadero, que es muy poco, es la obra de la razon divina; y cuánto de falso, que es muchísimo, lo es de la razon humana. Cuando yo contemplo al mundo iluminado con la brillante luz de la revelacion, y á un deísta atribuírsela impudentemente, y aun servirse de ella para combatirla, me parece ver á un hijo desnaturalizado dar

ignominiosamente la muerte á la madre que le dió el ser; ó por valermé de una comparacion de sus adeptos, creo ver á un astrónomo, que habiendo descubierto los satélites de Júpiter con un buen telescopio, quiere despues que el mundo los viera sin el auxilio de este instrumento.

Pero aun en la suposicion gratuita de que el deísmo hubiera producido esa obra eminentemente científica en su línea, leerianla cinco, quinientos, diez mil sábios; ¡y el mundo? El mundo no lee. Para reunirlo, pues, en un solo culto son necesarias verdades monumentales, verdades que mire, que palpe, templos, altares, sacerdocio, signos sagrados que interesen vivamente su corazon; no raciocinios abstractos. ¡Ya sabe leer el mundo? Pues aun en esta otra suposicion no ménos absurda, jamas, jamas el deísta podria establecer su soñado culto racional. ¡Por qué? Porque no tiene autoridad: el poder, no la sabiduría, es el principio donde comienza la verdadera y genuina filiacion de ideas en materias religiosas. Jesucristo nuestro Señor, á quien si el deísmo no adora como á Dios, lo confiesa por un hombre eminentemente sabio, al establecer y propagar su Iglesia, no dice á sus apóstoles: “Yo soy la sabiduría consubstancial,” sino “se me ha dado poder en el cielo y en la tierra; id, predicad y bautizad.” Concluyamos, que el triunfo absoluto del deísmo seria la aniquilacion del culto divino; seria. . . . ¡causa horror el decirlo! . . . establecer en el mundo el dominio del espantoso y abominable ateísmo. ¡Qué importa que el deísta no enseñe esta doctrina desolante, si es ella la inevitable consecuencia de sus principios? ¡Qué importa que Dios ecsista allá en los cielos, si no ha de ecsistir para nuestro corazon? Basta: el deísmo no puede ser una verdad, pues que es el mas fatal de todos los errores.

¿Y así podrá hacer la felicidad de las sociedades? Relegado allá Dios en un rincón del emperio, desterrado de sus templos, necesariamente se borrará su augusto nombre de la legislación. Aserción terrible, pero que en libros deístas, demasiado famosos y por lo mismo demasiado perjudiciales, se ve desgraciadamente repetida bajo estas u otras formas equivalentes: "La ley es atea, y debe serlo; es menester secularizar la legislación: el mayor de los males que ha sufrido la especie humana, es haber referido la sanción de sus leyes á la Divinidad." ¿Pues qué substituir en lugar de Dios? ¿Qué fuerza coercitiva dominará las pasiones impetuosas, sofocará los gérmenes del mal que por desgracia pululan en el corazón del hombre, irá á atacar al crimen hasta sus mas retirados y ocultos atrincheramientos? ¿Las leyes mismas? Pero las leyes solo alcanzan hasta donde el ojo del legislador. ¿La estimación pública? Pero en todos tiempos los mas famosos criminales han sido los mas hábiles impostores. ¿La educación? ¿Cuál? ¿la de las ciencias naturales, que de preferencia exclusiva proclama el deísmo? Pero todos los conocimientos de Euclides en matemáticas, de Neuton en astronomía, de Cuvier en física, formarán, si se quiere, grandes sabios; pero, por sí solas, jamas, jamas un solo hombre de bien. ¿Será acaso el interes pecuniario? . . . Tocamos, tocamos por fin al gran principio del deísmo, y por desgracia del siglo XIX. ¿He aquí el substituto de la Divinidad! ¿He aquí su Dios! Siempre, siempre he admirado la profunda sabiduría de nuestro Señor Jesucristo; pero cuando reflejo que ha diez y ocho siglos, que instruyendo á los pueblos, y en ellos á la série de las generaciones futuras, les presentaba como absolutamente incompatibles el servicio de Dios y el amor á las rique-

zas, y despues observo que los pueblos deístas son dominados por el interes del oro; entónces, con mis propios ojos, con mis propias manos, miro y palpo esa sabiduría profunda. Pero se me dirá, ¿por qué tanto horror por el interes monetario? ¿Por qué? Porque, como lo ha notado nuestro Señor Jesucristo, destierra á Dios del imperio de las sociedades, y sin Dios no puede haber felicidad. Porque si este interes, como elemento de segundo orden y bien dirigido, puede contribuir á la prosperidad de los Estados; como primario, es funesto, fatal, las arrastra necesariamente á su ruina. Insinuándose, dice un elocuente orador, por todas las venas del cuerpo civil y político, convierte por fin á las naciones en grandes mesas de cuenta y razon, en donde todo se mide, todo se cuenta, todo se pesa; y como ni la buena fé, ni el honor, ni la probidad, ni la justicia sean mensurables, reputaranse por virtudes de imbéciles, siendo así que son la basa y fuerza de los estados. El ágio, la usura, el cohecho se pasearán por las plazas; sentaránse en las sillas de los magistrados; el gobierno pondrá á la subasta los destinos; y el pueblo por una reaccion terrible hará suceder una tras otra las revoluciones; irán rápidamente corrompiéndose las costumbres públicas, hasta causar la total ruina de la sociedad. He aquí el término necesario de las naciones dominadas por el interes metálico. ¿Dónde está la rica Venecia? El peso enorme del oro la hundió en los mares. ¿Dó Atenas, dó Roma? Perecieron, y precisamente al siguiente dia de los opulentos Alciviades y Pericles, Lúculo y Craso. ¿Oh si yo tuviera en estos momentos una voz de trueno! ¿Oh si pudiera presentar este cuadro dibujado por la veraz y fiel historia á las miradas del mundo! ¿Pueblos todos del orbe, les diria con el Apóstol, cuidado,